

VUELTA A MARTIGNY.

Cuando hubo terminado su relacion busqué con la vista al amo de la posada y fuille á pagar la botella de vino que nos habia suministrado. No encontrándole dí diez francos á Maria Coutet y le encargué que pagase la cuenta. Cinco minutos despues ya estábamos en camino para volvernos.

Al cabo de media hora de camino se detuvo Payot.

— Mirad, me dijo enseñándome una pendiente muy rápida, aquí se deja uno caer abajo solo cuando hay nieve; entonces se llega á Montembert en dos minutos y medio, mientras que por el camino ordinario se emplean tres horas.

— ¿Cómo se hace esa operaci3n?

— Es la cosa mas fácil del mundo. Se cortan cuatro troncos de pinos y se les coloca en cruz; se sienta uno encima y se deja caer tranquilamente, y con otro palo que se lleva en la mano como un remo para evitar tropezar en los árboles y en las malezas.

— ¡Diablo! pues esa es una manera de viajar muy agradable, sobre todo para el fondillo de los pantalones.

— Algunas veces suelen quedarse en el camino, y nada mas.

— ¿Y en verano se puede viajar así?

— No : ya veis esa sendita.

— Ancha como una rueda de Malboroug.

— Sí; pues por aquí se acorta media hora de camino.

— ¿Y podremos tomarla?

— Seguramente.

— Tomémosla, pues.

Payot me miró con aire de duda.

— Parece que el vino de Montembert os da valor.

— No, lo que hace es hundirme el estómago; me muero de hambre.

— ¿Quereis que os dé la mano?

— No vale la pena; pasad delante de mí, eso me bastará.

Payot se puso en camino no comprendiendo mi tenacidad, y sin embargo era sencilla. Un precipicio no hace que me desvanezca y vacile sino cuando está cortado á pico. Entonces, cuando miro desde lo alto experimento un malestar indefinible y no puedo caminar, pero aun cuando el camino fuese mas estrecho, desde que mi vista descansa sobre alguna piedra ó terreno, por rápido ó quebrado que sea escapo á su influencia. Así es que, cerca de un cuarto de hora despues, con grande honor mio, habíamos llegado á los manantiales de Larbion.

Sale el agua al pié de la nevera de Bois, y forma la extremidad inferior del Mar de Hielo, por una abertura de ochenta á cien piés de alto : esta ca-

verna, como ya lo hemos dicho, tiene la apariencia de la garganta de un pescado: los arcos de nieve que la sostienen están encorvados y tienen la forma de muchas quijadas, que colocadas las unas tras las otras se hunden hácia la garganta de donde sale el manantial ágil y agitado como la lengua puntiaguda de una serpiente: algunos de estos arcos pueden apenas sostenerse derechos y amenazan aplastar en su caída al que entrase en la caverna, cosa posible no llenando el agua su cavidad.

Un accidente de este género aconteció en 1830, en el mismo sitio donde nos hallábamos. Habiéndose detenido muchos viajeros delante de la caverna, uno de ellos, para arrancar de la bóveda uno de los arcos de hielo, disparó un pistoletazo. En efecto, cayó pronto uno de ellos con ruido terrible obstruyendo con su caída la entrada de la caverna y cerrando el paso al agua. Quisieron los viajeros examinar entonces el recipiente que habia naturalmente formado detrás de este dique: pero en el momento que se preparaban para verlo, el agua, que habia duplicado su fuerza al reunirse, rompió la pared de hielo que la contenia, arrastrando consigo el dique y los viajeros que le habian levantado: uno de ellos fué arrojado violentamente hácia la orilla, y se salvó con una pierna rota; otro fué arrastrado por la corriente, sin que los guías pudiesen prestarle socorro ninguno.

Payot me daba todos estos detalles, conduciéndome á Chamouny por el camino mas corto. Habíamos andado ya casi un cuarto de legua desde el sitio que habia sido testigo de este accidente y nos

encontramos en una especie de isla entre el Arbe y Arbion, cuando se detuvo buscando con los ojos con inquietud el puente que tenia costumbre de hallar en el sitio en que nos encontrábamos. En los Alpes esta especie de parajes son en general muy movibles y sobre todo muy inconstantes: frecuentemente son un árbol arrojado al través de una corriente ó precipicio cuyas dos puntas descansan en las dos orillas sin tener nada que fije su equilibrio, lo que tiene probabilidades de que para una vez que se pueda pasar por él bien, se caiga uno dos.

El puente habia sido precipitado probablemente de un puntapié en la corriente por algun viajero perezoso ó ingrato: en fin, sea por esta causa, sea por cualquiera otra, el hecho es que el puente no estaba.

— Y bien, ¿ qué hacemos? dijo Payot.

— ¿ Qué hay? le respondí.

— Hay, hay... por vida de... continuó mirando á todas partes, en tanto que yo, ignorante de lo que buscaba, seguia con mis ojos los suyos llenos de inquietud.

— ¿ Qué hay, pues? veamos.

— Hay que no hay puente.

— ¡ Bah! ¿ y eso os alarma?

— No me alarma precisamente, porque en volviéndonos atrás... pero hay que perder media hora.

— Querido amigo, en cuanto á mí os declaro que siento demasiada hambre para perderla.

— Entonces, ¿ cómo hareis?

— Sabeis que si trepo mal, salto bien.

— ¿ Saltareis diez piés?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

- ¡Valiente cosa !
 — ¡ Oh !
 — ¿ No hay otro sendero, es verdad ?
 — No, señor.
 — Pues adios, Payot.

Al mismo tiempo tomé carrera y salté por encima del arroyo.

Volvíme á ver á mi hombre que tenia su sombrero en una mano, y se rascaba la oreja con la otra.

— Sabeis que os aguardo á comer; marcho adelante y os tendré dispuesta la comida : hasta la vista, valiente mío.

Payot se puso silenciosamente en camino volviéndose atrás y subiendo las orillas del Arbion que yo bajaba. Al paso con que caminábamos los dos, debia apenas haber llegado al puente al mismo tiempo que yo llegaba á Chamouny.

Mientras llegaba la hora de comer, yo consigné en el papel los detalles que me habia dado Maria Coutet sobre el accidente ocurrido en la ascension del doctor Hamel : mi huésped era el tío de Miguel Terre, uno de los tres que habian perecido en la gruta.

Cuando concluia entró Payot : el pobre diablo estaba hecho un mar de sudor : la comida estaba lista y nos pusimos á la mesa.

Ví durante la comida que con la hazaña que acababa de hacer habia crecido considerablemente en la opinion da mi guia : en general, los hombres de la naturaleza no hacen caso sino de lo digno de la naturaleza : poco les importa los talentos de nues-

tras ciudades, que en un momento de peligro no pueden servirles de socorro alguno, y que no les sirven ordinariamente de ninguna utilidad. La fuerza, la destreza, la agilidad; hé aquí las tres diosas de su culto, y los que las poseen son para ellos hombres de genio.

Así, fuera de mis mareos que no comprendian, yo les era un hombre simpático; desde que habia tenido ocasion de dar delante de ellos una prueba cualquiera de fuerza ó de destreza, se acercaban á mí mas familiarmente, empero con mas respeto : seguros desde entonces de que yo podia comprenderlos, me contaban esas cosas íntimas que no tenían costumbre de decir sino á los hombres de su naturaleza; menos envidiosos por las cualidades físicas que en tan alto grado poseen, que nosotros por las cualidades morales, mi superioridad sobre ellos, probada algunas veces, no los humillaba, al contrario, expresaban una sencilla admiracion, cuyos murmullos, lo confesaré, lisonjearon algunas veces mas mi amor propio que los aplausos de un teatro entero.

Hácia el fin de la comida llegó Balmat, como me lo habia prometido; traíame cristales encontrados por él en la montaña, que me dió por valor de una docena de francos; quise pagárselos, pero se negó á ello con tanta obstinacion, que ví no haria mas que incomodarle insistiendo.

Durante la noche me habló de los viajeros iustres que habia sucesivamente acompañado, y me nombró á los señores Saussure, Dolomieu, Chateaubriand y Carlos Nodier. Tenia buena memoria, se-

gun pude juzgar por el retrato que me hizo de estos dos últimos

A las diez me separé de aquellas buenas gentes que probablemente no volveré á ver jamás, pero que estoy seguro conservan una buena memoria de mí; Payot no podía servirme de guía á la mañana siguiente, porque estaba de boda. Me ofreció en su lugar su hijo, que acepté.

A la mañana siguiente me despertó el muchacho sobre las cinco. La jornada era pesada; debíamos volver á Chamouny por la Cabeza Negra, que eran diez leguas del país. El hijo de Payot no debía acompañarme sino hasta la frontera de Saboya. Mi guía valesano, que no había conservado porque había perdido todos sus derechos desde el momento en que había puesto los piés en los Estados del rey de Cerdeña, volvió á continuar sus servicios al volverse á hallar en su tierra.

El muchacho, demasiado débil para una correría tan larga, me traía un mulo que debía montar yo á la ida y él al volverse; de esta manera no hacíamos mas que cinco leguas cada uno por nuestro lado.

Cabalgamos en ellas y partimos con nuestros grandes palos con su punta de hierro, parecidos á los de los bueyeteros romanos con los que conducen sus ganados á caballo.

Al cabo de un cuarto de legua salió un aduanero de una pequeña casita, junto á la cual íbamos á pasar, y nos aguardó en el camino: cuando nos juntamos en él nos pidió los pasaportes, é íbamos á obedecer su orden cuando nos detuvo el guardia

diciéndonos que no eran los nuestros, sino los de las mulas los que pedía. Sacó de su bolsillo un certificado comprobando que era Durotrote y la Gris. Yo montaba la primera, y confieso que desde que supe su nombre ví que había sido puesto con mucha propiedad. En cuanto á la Gris, adivinase que el color de su pelo le había valido este gracioso nombre de bautismo.

Durante casi tres cuartos de hora seguimos el mismo camino que habíamos hecho ya para venir del condado de Valme á Chamouny; en fin, doblamos á la izquierda despues de habernos vuelto para despedirnos de estas magníficas vistas que íbamos á perder, y nos metimos en la garganta de Montets. A medida que íbamos entrando en ella cambiaba completamente el carácter del país. Una tierra inculta, gris y pedregosa, surcada de barrancos, se extendía delante de nosotros; divisamos de lejos como grupos de pobres haraposos en las aldeas de Treluchau bajo, y de Treluchau alto; además, aquellas admirables chozas no proporcionan asilo á sus habitantes mas que tres ó cuatro meses al año; en los demás van á buscarlo sobre una altura al abrigo de los aludes. De trecho en trecho, y sembradas sobre el camino se levantan cruces que indican que allí donde se hallan, un guía, un viajero y alguna vez una familia entera, han perecido; aquellos símbolos de la muerte tampoco se hallan al abrigo de la destruccion; la mayor parte se hallan hechos pedazos por las piedras que caen rodando de la montaña.

Bien pronto entramos en la garganta de Valorima

(valle de los Osos) llamada así en oposicion del valle de Chamouny (valle de los Gamos); detuvimos para desayunar y vimos que allí debian tener mucho miedo por las grandes precauciones que habian tomado. Los techos de las casas, que el viento amenazaba levantar, están sostenidos por enormes piedras colocadas sobre sus tejas como los pedazos de mármol que sirven de prensa-papeles en una mesa de despacho. La iglesia está rodeada de antecadros como un castillo del siglo xv á fin de que pueda sostener los asaltos que la dan todos los inviernos los aludes al desprenderse de las montañas; en fin, muchas casas están como ciertas cabañas indianas sostenidas por postes, de manera que el agua pueda subir á la altura de muchos piés sin llegar á su suelo, y pasar por debajo sin arrebatarlos.

La garganta del Valorima está extendida una legua casi, aun mas allá de la aldea de este nombre; pasa el camino por medio de un bosque de pinos mas espesos que lo están ordinariamente los bosques de las montañas, y cerca del torrente de los Paisanos, que en su lengua siempre expresiva llaman agua negra. Efectivamente, aunque esta agua fuese perfectamente inodora, y la mas limpia, es tal el efecto que hace á la vista la bóveda de pinos que la sombrea, que justifica el nombre que ha recibido. Tres veces se pasa por puntos diferentes este caprichoso torrente. Despues se pasa de una montaña á otra, y se encuentra uno en la base de la Cabeza Negra.

Algunos pasos antes de llegar allí se encuentra á

la derecha del camino un monumento de la excentricidad inglesa; es una enorme piedra de la forma de una seta, cuya cabeza se apoya por un lado en una peña de la montaña, y por la otra forma una especie de bóveda. Esta piedra pertenece en toda propiedad á una jóven miss y á un jóven lord que la han comprado al rey de Cerdeña. Una inscripcion atestigua esta posesion, que está grabada sobre un escudo de piedra que corona su base. Las armas de los dos compradores reunidas sobre una placa de cobre, y coronadas por una corona de conde, habian sido puestas encima de la inscripcion como un sello sobre certificacion ó patente. Pero parece que este metal tiene cierto valor en Saboya, porque hace ya muchísimo tiempo que ha desaparecido la placa. Nuestro guia nos dijo que del lado de Sierres, estos mismos ingleses habian tambien comprado dos árboles gemelos bajo cuya sombra habian *reposado*. He recurrido á las Cartas itálicas para penetrar el sentido de la sonrisa de mi guia al pronunciar esta palabra. Esta piedra se llama Balma-rossa.

A media que se sube á la Cabeza Negra, el camino es cada vez mas y mas salvaje. Los pinos cesan de hallarse tan apretados como en el bosque, y parecen tiradores en guerrilla. Diríase que un ejército de gigantes queriendo escalar la montaña ha sido detenido por una mano invisible, y hecho rodar desde su cúspide. La mayor parte de los árboles han sido hechos pedazos por esos aludes de piedra, y enormes trozos de granito se han detenido de repente á los piés de aquellos que han ofrecido

á aquellas masas una resistencia proporcionada á su peso multiplicado por su impulsión. El camino por su parte participa de aquella naturaleza salvaje. Cada vez es mas y mas escarpado y se va angostando para pasar sobre un abismo; de manera, que en un punto cinco ó seis pasos tienen la anchura de medio pié. Este sitio es llamado por las gentes del país el *Mal paso*.

Pasada ya esta especie de desfiladero, el camino es ya practicable, aun para los carruajes, y baja por una pendiente bastante suave hácia la ciudad de Trient. Allí llegamos para comer; únicamente escogimos otra posada que la que habíamos estado antes cuatro dias, no hicimos mas que mudar de sitio; en cuanto á la comida, no fué mas comfortable que la primera.

Cien pasos mas allá de la aldea nos encontramos el mismo camino que habíamos seguido viniendo de Martigny: lo tomamos para volver á él. A las siete de la tarde ya nos hallábamos de vuelta en la capital de Valais.

Parece que la víspera habia habido en Martigny una espantosa tormenta de que no habíamos oido el ruido á diez leguas de allí. Este accidente atmosférico llegó á mi conocimiento en tanto que me apuntaban en el libro de la posada, donde todo viajero escribe su nombre y la causa de su viaje. El último que habia firmado comprobaba el diluvio que habia sufrido un inglés y que hace honor á su humor.

— Mr. Dumont. — Negociante. — Viajero por gusto. — Cinco muchachas y una lluvia á chaparrones.

EL SAN BERNARDO.

En el momento en que acababa de escribir sobre el registro mi nombre, mi profesion y motivo de mi viaje, volví la cabeza y ví detras de mí á mi antiguo amigo el dueño de la posada, que me saludó con un aire tan cómicamente triste, que vi bien que alguna desgracia nos amenazaba al uno ó al otro, ó tal vez á los dos. En efecto, el pobre hombre tenia tanta gente en su casa que no sabia dónde acomodarme. El mismo habia cedido su cama á un viajero y contaba acostarse en el pajar. Trató tímidamente de probar que el olor de la paja era muy sano, y que yo estaria muy bien con él en el pajar, mejor que en el cuarto de otro en una cama; pero yo acababa de andar doce leguas á pié, circunstancia que me hacia muy poco accesible á este género de discurso por muy lógico que pareciese ser: en su consecuencia dije á mi guia que me llevase al hotel de la Torre.

Intentó el último esfuerzo por detenerme en su casa mi huésped. Quedábale un cuarto grande donde habia empaquetado una sociedad de cinco viajeros; uno mas no debia aumentar mucho la cantidad: me preguntó, pues, si me contentaria como ellos y con ellos con un colchon puesto en

tierra, y con mi respuesta afirmativa se dirigió, yendo yo detrás, hácia el cuarto donde habia un ruido espantoso. Nuestros viajeros se batian á almohadazos para conquistar los unos á los otros un sitio de tres piés de ancho por seis de largo: lo grande del cuarto no me pareció á primera vista que ofreciese cinco veces aquella medida geométrica. Pensé para mí que habia llegado en mal momento para la peticion que veníamos á hacer: probablemente mi huésped hizo la misma reflexion porque se volvió hácia mí con un aire de embarazo tan notable que queria decir no se atrevia, y que me encargara yo de la comision. Toqué suavemente á la puerta y noté que provisionalmente la batalla se daba á oscuras: los proyectiles habian apagado las luces: desde entonces tomé mi resolucion.

Apagué la luz de mi huésped, lo que hizo quedar el corredor en una oscuridad tan completa como en la que estaba el cuarto: le recomendé que no entregase bajo ningun pretexto la segunda llave del cuarto, y le supliqué que me dejase salir á mi solo del negocio: no queria otra cosa.

Continuaba el combate siempre, y las carcajadas de los combatientes hacian tal ruido, que entré en el cuarto, cerré la puerta con dos vueltas y me metí la llave en el bolsillo, sin que ninguno de ellos se apercibiese de que acababa de aumentarse la guarnicion de la plaza.

Apenas habia dado dos pasos, cuando recibí un colchonazo que me metió el sombrero hasta las narices. Felizmente se juzgará que yo no habia entrado

añi para recibir y no dar: así es que no fuve mas que bajarme para coger un arma, y me puse á dar á mi vez con un vigor tal, que debió probar á mi adversario que acababa de llegar un refuerzo de tropas de refresco. Bien pronto me apercibi de que me hallaba apoyado contra un ángulo, posicion, como todo el mundo sabe, muy favorable en estrategia para una defensa individual. La mia hizo tan grandes maravillas, que comprendí en lo flojo de los golpes que me daban que perdian la esperanza de arrojarme de la plaza, y el combate se trasportó á otra parte. Aprovechéme de aquel momento para tender en el suelo mi colchon. Una capa sin propietario aparente, y en la cual me envolví las piernas, me pareció deber suplir admirablemente las mantas que la criada no habia traído aun, y que, gracias á la precaucion que yo habia tomado de cerrar la puerta con dos vueltas y meterme la llave en el bolsillo, me parecia muy difícil que pudiese traer; me envolví lo mas confortablemente posible, me eché sobre mi cama de campaña, y volviendo la cara hácia la pared, aguardé la tempestad que no debia tardar en estallar cuando alguno de los combatientes se apercibiese de que habia un colchon de déficit.

En efecto, poco á poco se restableció la calma; los gritos fueron menos ruidosos: cada cual pensó en establecer su vivac sobre el campo de batalla; yo sentí un colchon apoyarse en mis piés, y otro á mi derecha. Cada cual empaquetó el suyo como pudo entre los de sus compañeros, y se acostó; uno solo andaba rondando, buscando aun algun

tiempo por los rincones : despues impacientado de no encontrar nada, le ocurrió una luminosa idea, y exclamó al punto : Caballeros, ¿ hay alguno de vosotros que se ha echado sobre dos colchones? — Esta acusacion fué rechazada por un grito unánime de indignacion, en el cual me abstuve, sin embargo, de tomar parte.

Nuestro hombre echóse á buscar mitad riendo y mitad jurando. Despues, no encontrando nada, concluyó por donde debia haber empezado; llamó para tener luz, oímos los pasos de la criada de la posada que se aproximaba; vi brillar la luz por el agujero de la cerradura, y metí instintivamente la mano en mi bolsillo para asegurarme de que permanecia en él la bienaventurada llave.

Nuestro hombre fué á la puerta; hallábase cerrada.

— Abrid y dadnos la luz.

— Caballero, la llave está por dentro.

— ¡ Ah!

La mano del que buscaba me interceptó un instante la luz que venia del corredor; despues se bajó, pasó la mano por el suelo, y por la chimenea.

— ¿ Quién diablos ha cerrado la puerta por dentro, caballeros?

Todos callaban, y la muchacha continuaba aguardando.

— ¡ Pardiez! ¿ No teneis una segunda llave de la posada?

— Sí, señor.

— Pues bien, id á buscarla.

La muchacha obedeció; era un momento de

prueba. Si el amo de la posada no habia seguido mis instrucciones, yo era hombre perdido : reinaba el mas profundo silencio interrumpido solo por las impacientes patadas de nuestro desgraciado compañero que murmuraba entre dientes :

— ¡ No volverá esa bribonzuela! ¿ Qué estara naciendo? Ya veis como no encuentra ahora la llave. ¡ Ah! mil gracias á Dios, no es poca fortuna.

Esta última exclamacion se la arrancó, como es fácil de adivinar, la vuelta de la muchacha que se habia vuelto á parar delante de nuestra puerta.

— Despachad, vamos.

— Caballero, parece que lo hacen á propósito, no se encuentra la llave.

— ¿ Anda el diablo en esto?

— Sí, sí.

— Reiros, caballeros, divertida es la cosa, vive Dios, para mi sobre todo. Pues os prevengo que necesito un colchon por grado ó por fuerza.

Un hurra de los propietarios respondió á aquella amenaza y cada cual se aferró á su cama.

— ¿ Cuántos colchones habeis traído?

— Cinco.

— Ya veis, señores, que de seguro uno de vosotros tiene dos.

Respondieronle con una negativa mas absoluta y mas enérgica aun que la primera.

— Muy bien : pero voy á verlo. Id á buscarme una caja de fósforos.

Habia en esta peticion un proyecto cuya ejecucion no veia yo claro, pero cuyo posible resultado me hizo estremecer. La muchacha volvió con los fósforos.

— Está bien, meted una de las cerillas por el agujero de la cerradura.

Obedeció.

— Ahora encended la punta que pasa por vuestro lado. Muy bien, así.

Seguía yo la operacion con el interés que puede comprenderse : ví brillar al otro lado de la cerradura la llamita azul, que desapareció un instante en el interior de la puerta y volvió á aparecer á nuestro lado brillante cual una estrella. ¡Vaya una estúpida invencion la de los fósforos!

Al caso yo no sabía cómo salir del apuro y si mis nuevos camaradas tomarian á mal la chanza : á todo evento me volví hácia la pared á fin de tener tiempo de preparar un discursito de recepcion.

Durante este tiempo la llama del fósforo se fijó en el pábilo de la vela ; iluminóse el cuarto. Oí á cada cual sentarse sobre su colchon para pasar la revista. En el mismo instante se escapó de las bocas de todos un grito de sorpresa y una voz tonante como la del juicio final, hizo oír estas terribles palabras :

— Somos seis.

Siguió á la primera voz, una segunda.

— Señores, á pasar lista.

— Sí, la lista.

El que mas interesado se hallaba en pasarla era el que habia perdido su cama y comenzó inmediatamente.

— Primero : yo Julio de Lamark, presente.

— Caron, médico, presente.

— Carlos Soissons, propietario, presente.

— Augusto Reimonenq, estudiante, presente.

— Honorato de Sussy...

Volvíme vivamente :

— A propósito, mi querido Sussy, le dije alargándole la mano, puedo daros noticias de vuestra hermana la señora duquesa de O..... la he visto hace ocho dias en Ginebra : estaba lindísima.

Júzguese del singular efecto que produjo mi interrupcion. Todos los ojos se clavaron en mí.

— Caramba, si es Dumas, exclamó Sussy.

— El mismo en persona, mi querido amigo : ¿quereis presentarme á estos caballeros? Tendria mucho gusto en hacer su conocimiento.

— Ciertamente.

Sussy me cogió de la mano.

— Caballeros, tengo el honor...

Cada cual se levantó sobre su cama y saludó.

— Ahora, caballeros, dije volviéndome hácia aquel á quien habia usurpado el colchon, permitidme que os devuelva vuestra cama, con una condicion sin embargo, la de que me autorizareis para hacer traer otro colchon al lado de los vuestros.

Afirmativa y unánime fué la respuesta. Abri la puerta : diez minutos despues tenia un colchon de que era el legítimo arrendatario.

Aquellos señores iban como yo al Gran San Bernardo. Habian tomado dos carruajes. Me ofrecieron un lugar con ellos : acepté. La muchacha de la posada recibió orden de despertarnos por la mañana á las seis. La jornada era larga, háy diez leguas desde Martigny al hospicio y solo las siete primeras se pueden hacer en ruedas. Cada uno de

nosotros comprendía la importancia de un buen sueño, así dormimos de un tiron hasta la hora indicada. A las siete nos empaquetamos cuatro en uno de esos estrechos carricoches sobre los que ponen dos tablas atravesadas y á que dan el pomposo título de charabanes : y los otros dos nos acomodamos en uno de esos pequeños carruajes suizos en que cada uno va á un lado como en artolas. Yo por mi desgracia me había colocado en el charaban.

Aun no habíamos dado diez pasos cuando por el modo con que guiaba su caballo hice esta observacion á nuestro cochero :

- Amigo, creo que estais borracho.
- Es verdad, pero no hay miedo, mi amo.
- Muy bien, al menos sabemos á qué atenernos.

Las cosas fueron grandemente mientras caminamos por el llano y no hicimos mas que reir de las ligeras curvas que caballo y carruaje describian; pero cuando despues de haber pasado Martigny-le-Bourg y Saint-Branchier empezamos á entrar en el valle de Entremont, y descubrimos que el camino iba siendo cada vez mas escabroso y estrecho, con una pared de roca muy empinada por un lado, y por el otro un profundo precipicio, se nos fué quitando las ganas de reir, aunque las curvas continuaban siendo siempre las mismas, y le llamamos segunda vez la atencion, mas de una manera mas enérgica.

— Oíd, mayoral, ó demonio, ¿os habeis propuesto que volquemos ?

Dió un latigazo al caballo capaz de hacerle saltar

el pellejo, y nos respondió con su estribillo favorito :

— No hay miedo, ni amo.

Solo que esta vez añadió, sin duda para animarnos :

— Por aquí pasó Napoleon.

— Ese es un hecho histórico sobre cuya verdad no tengo intencion de discutir; pero Napoleon iba en un mulo y le acompañaba un guia que no estaba borracho.

— ¡Era un mulo!

— Estais muy mal enterado, no era sino una mula, sabedlo.....

Caminamos como el viento; nuestro guia continuó hablando, volviendo la cabeza hácia nosotros, sin cuidarse de echar al camino una mirada siquiera.

— Sí, en una mula; por cierto que era su conductor Martin Groseiller, de San Pedro, y que debió á eso su fortuna.....

— ¡Pero hombre!.....

— No hay miedo. — Pues como iba diciendo, el primer cónsul le envió de Paris una casa y cuatro fanegas de tierra. ¡Arre, arre!

Una rueda de nuestro charaban tocaba tan de cerca á la orilla, que caía al derrumbadero, que Larmark y de Sussy que estaban al lado de la tabla, cuyo extremo sobresalía de la anchura del carruaje, se hallaban suspendidos perpendicularmente sobre un abismo de mil quinientos piés de profundidad.

Demasiado pesada era la chanza, así es que yo me arrojé á tierra á riesgo de romperme las piernas contra las ruedas, y detuve al caballo por la brida. Nuestros compañeros que nos seguian en el

segundo carruaje y que no comprendian nada de lo que nos venia sucediendo desde el principio del viaje, lanzaron un grito que no habíamos oído; nos creían perdidos.

— No hay miedo, Napoleon ha pasado por aquí, no hay miedo.

Y cada palabra de este eterno estribillo iba acompañada de una lluvia de latigazos, de los que una parte caían sobre el caballo y otra sobre mí: furioso el animal se levantó de manos reculando, y el carruaje se encontró de nuevo suspendido encima del espantoso barranco. Crítico era el momento; nuestros compañeros de carruaje lo juzgaron mejor que nadie, así es que tomaron una resolución violenta é instintiva; se abrazaron al cochero, lo levantaron en alto de su asiento, y lo arrojaron al camino, donde cayó pesadamente enredado como Hipólito en sus riendas que no había soltado de la mano. El caballo, que era de un natural muy pacífico, se tranquilizó inmediatamente; aquellos señores aprovecharon aquel momento de descanso para saltar á tierra, y cada uno de nosotros, excepto el maldito cochero, se encontró sano y salvo y sobre sus piernas en medio del camino.

Dejamos á nuestro hombre que se levantase y llevase su caballo y carruaje como pudiese, y nos pusimos á caminar á pié; esto era mas cansado, pero mas seguro. A las dos comimos en *Liddes*, donde segun nuestro contrato debíamos mudar de caballo y cochero; estábamos demasiado interesados en que se cumpliese escrupulosamente esta cláusula para no dedicar todos nuestros cuidados á su ejecucion. Hecho este cambio, nos volvimos á poner en camino completamente tranquilizados

con el buen paso de nuestro cuadrúpedo y la pacífica traza de su amo, que entre paréntesis, era el escribano del lugar. En efecto, llegamos sin accidente alguno á San Pedro, donde concluye el camino hasta donde pueden llegar los carruajes.

A los alrededores de aquella aldea hizo su última estacion el ejército francés cuando pasó el Gran San Bernardo, mas allá del cual le aguardaban los llanos de Marengo. Las gentes del pais nos enseñaron los diferentes puntos que habian ocupado la infantería, la caballería y la artillería; nos explicaron cómo los cañones desmontados de sus cureñas y sujetos en el hueco de troncos de pinos, eran llevados á brazos por hombres que se relevaban de cien en cien pasos. Algunos de aquellos paisanos habian visto ejecutar aquella obra de gigantes y se jactaban con orgullo de haber tomado parte en ella, se acordaban del rostro del primer cónsul, del color de su vestido y hasta de las palabras mas insignificantes que habia pronunciado delante de ellos. Así he encontrado yo en el extranjero vivo y en todo su poder el recuerdo de aquel hombre, que para nuestra actual generacion que no le ha visto, parece ser un héroe fabuloso producto de alguna imaginacion homérica.

Esta visita de localidad nos detuvo hasta las siete de la tarde. Cuando volvimos á San Pedro, el cielo estaba encapotado y prometia agua para la noche. Renunciamos, pues, á nuestro primer proyecto de ir á dormir al hospicio, y al volver á la posada pedimos que nos preparasen cena y cuartos.

No era esto cosa fácil; habian llegado muchas sociedades de viajeros, y detenidos como nosotros por el tiempo que amenazaba y la proximidad de

la noche, se habian apoderado de los cuartos y hecho un saqueo de las provisiones; para nosotros seis no quedaba mas que un pajar y una tortilla.

La tortilla fué devorada; despues procedimos á la inspeccion de nuestra alcoba.

Verdaderamente, solo un posadero suizo pudo tener la idea de hacer acostar á cristianos en semejante zahurda; el agua de la lluvia se filtraba por el techo de tablas: silbaba el viento en las rendijas de los postigos ma leneajados, única cosa con que cerraban las ventanas; en fin, las ratas, á quienes habia hecho huir nuestra presencia, probaban royendo, cuyo ruido no podian equivocarse oídos tan experimentados como los nuestros, su derecho de propiedad sobre el local de que nos habiamos apoderado; y su intencion de reconquistarlo, mal que nos pesase, en cuanto que apagásemos las luces.

Al ver aquel infame pajar, propuso uno partir valerosamente para el hospicio aquella misma noche. Verdad es, dijo, que hay tres horas de fatiga y de lluvia; pero al cabo de ellas, ¡qué perspectiva! Una cena espléndida, buena lumbre, una celda bien cerrada y buena cama.

La proposicion fué recibida con entusiasmo; bajamos, y enviamos á buscar un guia. Al cabo de diez minutos llegó y le dijimos que buscarse otros dos camaradas y nos proporcionase seis mulos, pues queriamos ir aquella misma noche á dormir al Gran San Bernardo.

— ¡Al Gran San Bernardo! ¡diablo! dijo, y se fué á la ventana, miró el tiempo, se aseguró de que seria malo toda la noche, extendió la mano á la accion del viento, á fin de juzgar en qué direccion

soplaba, y volvió hácia nosotros meneando la cabeza.

— ¿Con que decís que os hacen falta tres hombres y seis mulos?

— Sí.

— ¿Para ir esta noche al San Bernardo?

— Sí.

— Bueno, vais á verlos.

Y nos volvió la espalda para ir á buscarlos.

Sin embargo, las demostraciones que habia dejado escapar nos causaron algun recelo; lo volvimos á llamar.

— ¡Qué! ¿hay algun peligro? le dijimos.

— ¡Toma! el tiempo no es bueno; pero puesto que quereis ir al San Bernardo, se tratará de llevaros allí.

— ¿Respondeis de ello?

— El hombre no puede prometer sino lo que puede hacer; se pondrán todos los medios, sin embargo, si quisieran seguir mi consejo mejor serian seis guias que tres.

— Bien, vengán seis; pero volviendo al peligro, ¿qué es lo que hay? Parece que no está tan adelantada la estacion para que hayamos de temer los aludes.

— Sí, si no nos separamos del camino.

— ¿Y quién se separa del camino cuando no está cubierto de nieve?

— Pues hombre, tendria que ver que á 26 de agosto...

— ¡Oh! lo que es nieve, descuidad que la tendremos, y hasta las rodillas... ¿Veis esa lluvia tan menuda aquí? pues á una legua de San Pedro conforme vayamos subiendo hácia la hospedería eso

será nieve. Asomóse otra vez á la ventana, y añadió volviendo :

— Y caerá en abundancia.

— ¡ Ah ! ¡ bah ! ¡ bah ! al San Bernardo.

— Pero señores, repliqué yo, es preciso....

— Al San Bernardo : los que quieran que levanten el dedo.

De seis manos levantáronse cuatro. Quedó adoptada, pues, la partida.

— Ved, continuó nuestro guia, si fuéseis montañeses, yo diría : bueno, pongámonos en marcha ; pero yo creo sois parisienses ; y el parisiense, con perdon vuestro, es muy delicado, teme el frio, y así que pone los piés en la nieve ¡ ya está tiritando.

— ¡ Bien ! no nos apareemos de los mulos.

— Eso decidís ahora, pero tendreis que hacerlo á la fuerza.

— No importa ; marchad á avisar á vuestros compañeros y á buscar á las caballerías.

— Con vuestro permiso, señores, ya sabreis que los viajes por la noche se pagan al doble.

— Muy bien. ¿ Y cuánto tiempo necesitais ?

— Un cuarto de hora.

— Despachaos.

Al punto que nos quedamos solos tomamos las disposiciones mas exquisitas de comodidad para el camino ; cada cual añadió á lo que llevaba encima alguna otra cosa mas, como blusa, leviton ó capa, llenó su calabaza de un excelente ron que proporcionaba Soissons. Repartiéronse fraternalmente los cigarros, y unos fósforos en su caja encarnada que habia de la chimenea pasaron por aclamación desde allí al bolsillo de Sussy. Despues colocóse cada cual al derredor del fuego, lo aumentamos con

toda la leña que pudimos encontrar, é hicimos provision de calor para el viaje.

Entró nuestro guia.

— ¡ Bien ! calentaos, nos dijo, eso no puede hacer mal nunca.

— ¡ Estais ya listos ?

— Sí, nuestro amo.

— Pues entonces á montar.

Bajamos y hallamos á la puerta nuestras caballerías, cada cual montó la suya, y movido de un sentimiento de emulacion, intentó hacer poner á su mulo á la cabeza de la columna. Todos saben, por poco que hayan montado en mulo una vez en su vida, que una de las cosas mas dificiles de este mundo es hacer pasar á un mulo delante de su compañero : esta lucha nos detuvo cerca de un cuarto de hora divertidos, tanta necesidad sentiamos de resistir con anticipacion la fatiga que nos esperaba : al fin Lamark se encontró de jefe de fila y soltando la brida á su mulo, consiguió por medio de sus mañas y baston ponerle al trote, gritando :

— No hay miedo, ¡ Napoleon ha pasado por aquí !

Cuando un mulo toma el trote, trola tambien toda la caravana, y de rechazo los guias que van á pié, están obligados á correr á galope. Esto les inspira generalmente por esta especie de paseo una repugnancia de que han conseguido hacer partícipes á sus animales ; así que la cabeza de la columna, por ligera que parecia ir, no tardó en detenerse de repente y en imponer sucesivamente su inmovilidad á cada individuo, sea hombre ó animal de los que van detrás. Despues se vuelve á poner gravemente en marcha toda la línea, prolongándose á

medida que se comunica el movimiento de su cabeza á su cola.

— Con vuestro permiso, dijo el guia de Lamark, que habia alcanzado á su mulo, y que por miedo de una nueva carrera le habia cogido la brida á pretexto de que era malo el camino, no es por aquí por donde ha pasado Napoleon; todavía no estaba hecho entonces este camino, es al lado opuesto de la montaña, y si fuese de día, veriais qué osados y fuertes debian ser los que pasaban por allí con caballos y cañones.

Todo el mundo era de su parecer, no tuvo conlacion.

— Señores, mirad; nuestro guia es profeta, dijo uno de nosotros.

En efecto, como hacia ya media hora casi que íbamos subiendo, el frio era cada vez mas intenso, y lo que en el llano era agua, allí nieve helada.

— ¡ Ah! vive Dios! ¡ nevar el 26 de agosto! Será curioso de contarse á nuestros parisienses. Señores, soy de parecer que nos apeemos, y nos batamos con bolas de nieve, en memoria de que Napoleon ha pasado por aquí.

Todos se echaron á reir de el recuerdo que les suscitaba aquella palabra sacramental; en cuanto al peligro que podía al mismo tiempo recordar, hallábase completamente olvidado.

— Con vuestro permiso, señores, ya les he dicho que Napoleon pasó por el otro camino; en cuanto á batiros con bolas de nieve, no os lo aconsejaré, os haria perder tiempo, y no os sobrará; pensad que dentro de ún cuarto de hora ya no vereis, ni para guiar vuestras caballerías.

— ¡ Bien! entonces nuestras caballerías nos guiarán á nosotros.

— Y es lo mejor que podeis hacer no contrariarlas: Dios ha hecho cada cosa para cada cosa, el parisiense para París, y el mulo para la montaña. Hé aquí lo que siempre he dicho á mis viajeros: dejad al animal suelto, dejadle. Aquí como estamos aun en la llanura de Pron, no hay gran mal; pero en pasando el puente de Hudri, encontrareis un camino como la maroma de un volatinero, y como la nieve no os dejará probablemente distinguir, abandonaos al mulo y descuidad.

— ¡ Bravo! ¡ bien dice el guia! echemos un trago.

— ¡ Alto!

Cada cual llevó el frasco á sus labios, y la calabaza pasó al guia. En las montañas se bebe en el mismo vaso y en la misma calabaza y no se tiene seco del que seis pasos mas allá puede salvaros la vida.

El calor del ron puso á todos, y aunque la noche y la nieve fuesen cada vez mas espesas, volvióse á poner en camino bulliciosamente la caravana riendo y cantando.

Producíame una impresion singular, en medio de aquel país desolado, de aquella nieve, de la noche cada vez mas sombría, aquella fila de mulos, de jinetes y guías, que subian alegremente por la montaña sombría, silenciosa y terrible, sin un eco sipuiera para devolverles sus cantos y gritos. Parece que no fui yo solo el que experimentó esta impresion, porque poco á poco fueron siendo menos ruidosos los cantos y mas escasas las carcajadas: oyéronse algunas malas palabras aisladas. Final-

mente, una terrible interjeccion... ¿muchachos, sabéis que no hace calor? pronunciada vigorosamente, pareció ser de tal modo el resumen de la opinion general, que no se levantó voz alguna para combatir al preopinante.

— Un trago, y vaya un cigarro.

— ¡Bravo! ¿de quién es la idea?

— Yo, Julio Thierry de Lamark.

— En llegando al hospicio se le dará un voto de gracias.

— Sussy, los fósforos.

Señores, tengo que sacar las manos de mis bolsillos, y se hallan allí tan calientes que desean quedarse. Que venga alguno á cogerlos de la faltriquera.

Un guia nos hizo este favor, sus camaradas encendieron las pipas en el fósforo, nosotros nuestros cigarros en sus pipas, y continuamos nuestro camino otra vez, no viendo nada mas que el punto luminoso que llevaba en la boca cada cual, y que brillaba á cada aspiracion; ¡tan oscura estaba la noche!

Esta vez ya no habia canciones ni gritos; el ron habia perdido su influencia: el mas profundo silencio reinaba en toda la línea, y no era interrumpido sino por el ruido de las voces con que nuestros guias arreaban á los animales, ya á gritos, ya sacudiéndolos.

En efecto, nada de todo lo que nos rodeaba brindaba á la alegría, el frio era cada vez mas intenso y la nieve caia en abundantes copos: no tenia mas luz la noche, que un reflejo mate y blanquizeo; el camino se estrechaba mas y mas, obstruyéndole de cuando en cuando algunos peñascos que obligaban á nuestros mulos á tomar unas veredas en la misma

vertiente del precipicio, cuya profundidad no podiamos medir sino por el ruido del Dranze que corria en su fondo: hasta este ruido que á cada paso iba debilitándose, nos probaba que el abismo iba siendo mas y mas profundo y escarpado. Por la nieve que veíamos en el sombrero y vestido del que iba delante, juzgábamos cada uno que debíamos llevar encima igual cantidad, además sentiamos al través de la ropa su contacto menos penetrante, pero mas helado que el de la lluvia: en fin, nuestro jefe de columna se paró.

— A fe mia, dijo, estoy helado, y voy á echar pié á tierra.

— Ya os lo habia dicho que tendríais que apearnos, replicó nuestro guia.

Efectivamente cada cual conocia la necesidad de entrar en calor por medio del inovimiento; echamos pié á tierra, y como apenas se veía, aconsejaronnos los guias que nos agarrásemos á las colas de los mulos, que de este modo nos ofrecian la doble ventaja de ahorrarnos la mitad de la fatiga, y sondear el camino. Ejecutóse puntualmente esta maniobra, pues comprendíamos la necesidad de abandonarnos al instinto de nuestros animales y á la sagacidad de sus conductores.

Entonces reconocí la verdad de la relacion de Balmat; pues sentia en mí el dolor de cabeza de que me habia hablado, sus desvanecimientos vertiginosos, y aquella irresistible gana de dormir, á la que hubiese cedido sobre mi mulo, y que solo la precision de andar á pié podia combatir. Parece que nuestro doctor mismo la sentia tambien, pues propuso hacer un alto.

— ¡Adelante, adelante, señores! dijo vivamente

nuestro guía, os prevengo que el que se detenga no volverá á andar mas.

Habia en el acento con que pronunció estas palabras una convicción tan profunda, que nos volvimos á poner en marcha sin hacer ninguna objecion. Uno de nosotros, no sé cuál, intentó volvernos á nuestra antigua alegría con aquellas palabras sagradas que hasta entonces no habian dejado de producir su efecto: — *No hay miedo, Napoleon ha pasado por aquí.* Mas esta vez la chanza habia perdido su eficacia; ninguna risa respondió á ella y el desusado silencio con que fué recibida la dió un carácter mas triste que el de un lamento.

Caminamos así maquinalmente y tirados por nuestros mulos, cerca de media hora, metiéndonos en la nieve hasta las rodillas mientras que corría de nuestra frente un helado sudor.

— ¡ Una casa ! dijo de repente Sussy.

— ¡ Ah !

Cada cual soltó la cola de su mulo, asombrados de que los guías nada hubiesen dicho de aquella parada, de aquel descubrimiento.

— Con vuestro permiso, señores, dijo el guía. ¿ Con que no sabéis qué casa es esa ?

— Aunque fuese la casa del diablo, con tal que podamos quitarnos en ella esta maldita nieve, y ponernos los piés en seco..... Entremos.

La cosa no era difícil, no habia en aquella casa ni puertas ni ventanas. Llamamos, pero nadie respondió.

— ¡ Sí, sí ! llamad, dijo nuestro guía, y si despertáis á los que ahí duermen buena la habeis hecho. *

Efectivamente, nadie respondia, y la casa pare-

cia desierta : sin embargo, por muy expuesta que estuviere á todos los vientos, nos ofrecia un abrigo contra la nieve; resolvimos quedarnos allí un rato.

— Si hubiese una chimenea encenderíamos fuego, dijo una voz.

— ¿ Y la leña ?

— Busquemos la chimenea.

De Sussy alargó los brazos.

— ¡ Señores, una mesa ! dijo.

Estas palabras fueron seguidas de una especie de grito, mitad de terror, mitad de asombro.

— Y bien, ¡ qué hay !

— Hay que un hombre está tendido sobre esa mesa... aquí está una pierna.

— ¡ Un hombre !

— Entonces dadle un tirón á ver si se despierta.

— Hola, amigo; eh !...

— Señores, dijo uno de los guías, separándose del grupo de sus camaradas que habian permanecido fuera, y asomando la cabeza por la ventana; señores, cuidado con semejantes chanzas, y en este sitio. Podria ocasionarnos alguna desgracia á todos, á vosotros y á nosotros.

— ¿ Pues en dónde estamos ?

— En uno de los depósitos de los muertos del Gran San Bernardo... Retiró su cabeza de la ventana y volvió otra vez á reunirse con sus compañeros, sin añadir nada mas; pero pocos oradores pueden jactarse de haber producido un efecto tan grande con tan pocas palabras. Cada uno de nosotros se quedó clavado en el sitio en que se hallaba.

— A fe mia, señores, que es preciso ver esto. Es

una de las curiosidades del camino, dijo de Sussy, y encendió un fósforo.

Chispeó la cerilla, y difundió por un momento su débil luz, á cuyo resplandor divisamos tres cadáveres, el uno efectivamente tendido sobre la mesa, y los otros dos acurrucados en los dos ángulos del fondo: despues se apagó el fósforo y todo volvió á quedar otra vez á oscuras.

Repetimos de nuevo la operacion. Unicamente esta vez cada uno encendió en el fósforo un pedazo de papel enrollado, y con él en la mano derecha y otros muchos preparados en la izquierda, se comenzó á escudriñar toda la habitacion.

Seria preciso haberse hallado en la posicion en que nos hallábamós para tener una idea de la impresion que produjo en nosotros la vista de aquellos rostros negros y horriblemente contraídos á la vacilante y dudosa luz de nuestras improvisadas velas, para conservarlos en la memoria, cual quedaron en la nuestra. Seria necesario haber tenido que temer para uno mismo, y en igual momento, la terrible suerte de aquellos antecesores que teníamos á nuestros ojos, para comprender que se nos erizaron los cabellos, que el sudor corrió de nuestra frente, y que por necesidad que experimentáramos de cansancio y de fuego, no sentimos ya mas que un deseo: el de abandonar lo mas pronto posible aquella posada de la muerte.

Volvimos á ponernos en camino, mas silenciosos y mas sombríos que antes de aquel alto, pero tambien llenos de la energia que nos habia dado la vista de semejante espectáculo; por espacio de una hora nadie habló una palabra, ni aun los guias. La

nieve, el camino, el mismo frio, creo que habian desaparecido: de tal modo se habia apoderado de nuestra alma una sola idea; tanto oprimia nuestro corazon y apresuraba nuestra marcha un solo temor.

Al fin, nuestro guia jefe dió uno de esos gritos habituales en los montañeses, y que por su agudo sonido se dejan oír á extraordinarias distancias, y que designan por su modulacion si el que llama así pide auxilio, ó avisa sencillamente su llegada.

El grito se alejó como si nada pudiese detenerle sobre aquella vasta sábana de nieve, y como ningun eco nos le volvió á enviar, entró otra vez en el silencio la montaña. Anduvimos aun casi unos doscientos pasos mas, cuando oimos los ladridos de un perro.

— ¡Aquí, Bandera, aquí! grito nuestro guia.

Al mismo tiempo vimos venir hácia nosotros á un enorme alano, de la única raza conocida bajo el nombre de raza de San Bernardo, y reconociendo á nuestro guia, se puso de pié apoyando las patas delanteras en su pecho.

— ¡Bien, Bandera, bien, pobre animal! Señores, con perdon vuestro este es un antiguo conocido mio, que se alegra mucho de verme. ¿No es verdad, Bandera? ¿eh? ¡hermoso perro!... ea, basta, basta... vamos andando.

Felizmente el camino no era largo: diez minutos despues nos encontramos de repente delante del hospicio, que por aquella parte no se puede descubrir ni aun de dia, hasta que casi ha llegado uno encima. Un castaño nos esperaba en su puerta; puerta de dia y de noche abierta gratuitamente para todo el que llega allí á demandar hospitalidad,

que en aquel sitio de desolacion es frecuentemente la vida.

Fuimos recibidos por el hermano que estaba de guardia, y llevados á una habitacion donde nos esperaba una excelente lumbre. Mientras nos calentábamos, nos estaban preparando las celdas, el cansancio habia hecho desaparecer el apetito, así preferimos el sueño á la cena.

Nos sirvieron á cada uno cuando estuvimos en la cama una taza de leche caliente. El hermano que me trajo la mia me dijo, que me hallaba en el cuarto en que Napoleon habia comido; por lo que á mí toca, creo que fué en el que mejor he dormido.

Al dia siguiente á las diez ya estábamos todos en pié, y hacíamos el inventario del cuarto consular que me habia tocado; nada le distinguia de los demás; ni una pequeña inscripcion recordaba ahí el paso del moderno Carlo-Magno.

Nos asomamos á la ventana; el cielo estaba despejado, el sol resplandeciente y la tierra cubierta de un pié de nieve.

Es difícil formarse una idea de la áspera tristeza del paisaje que se descubre desde las ventanas del hospicio, situadas á siete mil doscientos piés sobre el nivel del mar, y colocadas en medio del triángulo que forman la punta del Dronaz, el monte Velan y el Gran San Bernardo. Hay un lago, alimentado por el derretimiento de las nieves á algunos pasos del convento, que lejos de alegrar la vista la entristece mas; sus aguas, que parecen negras en medio de su marco de nieve, son demasiado frias para alimentar ninguna clase de pescados, y están demasiado heladas para atraer ninguna clase de pája-

ros. Es una imágen en pequeño del Mar Muerto, tendido á los piés de Jerusalem destruida. Todo lo que tiene alguna apariencia de vida animal ó vegetal, está escalonado sobre el camino, segun sus fuerzas le han permitido subir; únicamente el hombre y el perro han llegado á la cima.

Con este triste cuadro á la vista, y solo donde nosotros estábamos, se puede formar una idea del sacrificio de aquellos hombres que han abandonado los risueños valles del país de Aosta y de la Tarantesa, la casa paterna, que quizá reflejaba en las azules ondas del pequeño lago de Orta, que brilla ardiente, húmedo y profundo como los ojos de una española enamorada, la familia amada, la bendecida esposa con su dote de felicidad y de amor, para venir con un baston en la mano y un perro por amigo, á colocarse en la nevada ruta de los viajeros, como estatuas vivientes de sacrificio y del amor al prójimo. Allí es donde se tiene lástima de la fastuosa caridad del hombre de las ciudades, que cree haber hecho todo por sus hermanos cuando ha dejado caer ostensiblemente de la punta de sus dedos en el bolsillo de una bella postulante una moneda de oro, que le pagan con una reverencia y una sonrisa. ¡Oh! si fuese posible que en medio de una de esas noches voluptuosas de nuestro invierno parisiense; cuando el baile hace saltar á las mujeres cual un torbellino de diamantes y de flores, cuando los hermosos versos de Víctor Hugo sobre la caridad, han atraído una lágrima juvenil en unos ojos chispeantes de placer; si fuese posible, que se apagasen las luces, que cayese un lienzo de pared, que los ojos pudiesen atravesar el espacio, y que se viese de repente en medio de la noche, sobre un

angosto sendero, al borde de un precipicio, amenazado por el alud, envuelto en una tempestad de nieve á uno de esos ancianos de cabellos blancos, que van repitiendo á grandes gritos: ¡Por aquí, hermanos! ¡Oh! ciertamente el mas orgulloso de su limosna, enjugaría su frente húmeda con el sudor de la vergüenza, y caería de rodillas diciendo: ¡Dios mío!....

Vinieron á decirnos que nos aguardaban en el refectorio.

Bajamos á él con el corazón oprimido. El hermano iba delante de nosotros para enseñarnos el camino: pasamos junto á la capilla y oímos el canto del oficio divino. Continuamos nuestro camino, y á medida que se alejaba el canto, risas estrepitosas llegaban á nosotros del otro extremo del corredor. ¡Risas!... esto nos pareció extraño en semejante lugar. Abrimos por fin la puerta y nos encontramos entre una multitud de jóvenes de ambos sexos que tomaban té y hablaban de Mlle Taglioni.

Nos miramos por un momento asombrados, y luego nos echamos á reír como ellos. Habíamos visto á aquellas damas en nuestro mundo parisiense. Acercámonos á ellas con los mismos modales que en un salón, hicimos los cumplimientos que exige el buen tono de la elegante sociedad, ocupamos los sitios que nos estaban reservados, la mesa y la conversacion se hizo general, ganando en alegría lo que perdía en etiqueta. Al cabo de diez minutos nos habíamos completamente olvidado de donde estábamos.

Verdad es que nada podía contribuir á recordárnoslo. El salón que llamaban refectorio estaba muy distante de corresponder á la idea austera que ex-

presa este nombre. Era un lindo comedor, adornado con mas profusion que gusto: adornaba uno de sus ángulos un piano; veíanse varios cuadros en las paredes; encima de la chimenea se veía con profusion un reloj, floreros y algunos de esos juguetes de lujo que no se encuentran sino en el tocador de las señoras; en fin, reinaba en todas estas cosas un cierto carácter mundano, que nos fué explicado con una sola palabra, cada uno de aquellos muebles era regalo hecho á los religiosos por alguna sociedad agradecida, que habia querido probar á los buenos padres, que á su vuelta á París, no se habian olvidado de la hospitalidad que habia recibido de ellos.

Mientras el almuerzo, nos dió el hermano que nos hacia los honores algunas noticias históricas sobre el monte de San Bernardo, que quizá no será inoportuno el consignar aquí.

Antes de la fundacion de la hospedería el Gran San Bernardo se llamaba Mont-Joux, por corrupcion de estas dos palabras latinas: *Mons Jovis*, monte de Júpiter, viniéndole este nombre de un templo dedicado á aquel dios, bajo la invocacion de Júpiter *pænin*. No se sabe cuál fué la época fija de la creacion de este templo, cuyas ruinas están visibles aun. Desde luego la ortografía de la palabra *pænin*, que Tito Livio escribe incorrectamente *pennin*, podría hacer creer que se remonta al paso de Aníbal, y que este general, llegado con felicidad á la cima de los Alpes hubiera puesto la primera piedra votiva de un templo á *Júpiter Cartaginés*. Sin embargo, los *ex-votos* que han sido hallados haciendo excavaciones en estas ruinas, indican que los peregrinos que iban allí á cumplir algun voto eran Romanos. ¿Al presente parece que estos fuesen

á orar al pié de la estatua del dios de sus enemigos? Esto es imposible. ¿No pudiera haber sido al contrario edificado el templo por los mismos Romanos, cuando los desastres de Asdrúbal en Cerdeña obligaron á su hermano, afeminado en Capua y batido por Marcelo, á abandonar la Italia cuyas tres cuartas partes había conquistado, para refugiarse bajo el amparo de Antíoco? En el primer caso su creacion remontaria al año 535, y en el segundo al 555 de la fundacion de Roma. En cuanto á la época en que fué abandonado su culto, se podria fijar con probabilidad en el reinado de Teodosio el Grande, no habiéndose hallado en las ruinas del templo ninguna medalla posterior al reinado de los hijos de este emperador.

La fundacion de la hospedería data sin duda alguna del principio del siglo ix, pues se hace mencion de la hospedería de Mont-Joux en la cesion de tierras que hizo Lod-Her, rey de Lorena, á Ludovico, su hermano, en 859; existian pues, antes que el arcediano de Aosta viniese á establecerse en él, en 970, canónigos regulares de San Agustín para su servicio, y cambiase su nombre pagano de Mont-Joux, en el cristiano de San Bernardo. Desde aquella época hasta el día ha habido cuarenta y tres superiores.

Nueve siglos han pasado, y ni el tiempo ni los hombres han cambiado nada en las reglas del monasterio, ni los deberes hospitalarios de los canónigos.

La cordillera de los Alpes, sobre la que se halla situado el San Bernardo, fué testigo de cuatro pasajes, de Anibal, Carlo-Magno, Francisco I, y Napoleon. Anibal y Carlo-Magno pasaron el Mont-Cenis;

Francisco I y Napoleon, por el mismo sitio en donde se halla edificado el hospicio. Carlo-Magno y Napoleon lo atravesaron para vencer. Anibal y Francisco I, para ser vencidos.

Además de las damas de que ya he hablado teníamos al almuerzo una inglesa y su madre. Hacia tres años recorrían la Italia y los Alpes á pié, llevando su equipaje en una cesta, y haciendo sus ocho ó diez leguas por día: quisimos saber el nombre de estas intrépidas viajeras, y lo buscamos en el registro de los extranjeros; la mas jóven habia firmado, *Luisa, ó la hija de las montañas*.

Habíamos entrado para buscar este registro en la sala contigua al refectorio, adornada como este, con varios regalos hechos á los buenos padres. Encierra además dos cuadros que contienen diversos objetos antiguos encontrados en las excavaciones del templo de Júpiter; los que se hallan mejor conservados son dos estatuas pequeñas, la una de Júpiter y la otra de Hércules: una mano enferma con la serpiente de Esculapio enroscada, y llevando en los dedos como señal de enfermedad, una rana y un sapo: en fin, muchas láminas de bronce en las que están los nombres de los que iban á implorar el auxilio del dios.

Yo copié muchos de estos *ex-votos*, y los reproduzco aquí sin alterar nada en el orden de los renglones.

J. O. M. Pænio : T. Macrinus demonstratus. V. S. L.

*Jovi optimo maximo votum solvit libente
Pænio nominibus aug*

Pro itū et reditū *Jovi Pœnino sabineius*
C. Julius Primus *ensor ambianus.*
V. S. L. *V. S. L.*

Interrumpíome en esta ocupacion el ruido que hacian nuestros convidados. Mientras yo copiaba mis inscripciones se habia marchado á decir misa el monje que nos habia hecho los honores del almuerzo, sin tomar nada. Nuestro doctor se habia colocado de centinela á la puerta del refectorio, de Sussy se habia puesto al piano, y nuestras damas, inclusa la hija de las montañas, bailaban la galop al rededor de la mesa.

En el momento de mas animacion del baile, entreabrió el doctor la puerta, y asomando la cabeza:

— Señoras, dijo á las bailarinas, aquí hay un hermano lego que pregunta si gustais ver el gran depósito de los muertos.

Esta proposicion paró la galop de repente: las señoras consultaron un momento entre sí: el disgusto combatió con la curiosidad, la curiosidad venció: partimos.

Al llegar á la puerta exterior declararon que no pasarían de allí; habia pié y medio de nieve, y el depósito está situado á unos cuarenta pasos casi del hospicio. Pusimos los hombres unos sillones sobre unos palos, y ofrecimos llevar á nuestras bellas curiosas todo el camino: aceptaron.

No sin bastantes gritos y risotadas causadas por el balanceo y movimiento de la silla, y los tropezones de los que las llevábamos, llegaron á la ventana abierta eternamente, y por la cual se sumerge la vista en la vasta bóveda del gran depósito del San

Bernardo. Imposible es ver un espectáculo mas curioso y horrible á la vez

Figuraos una gran sala baja y abovedada de treinta y cinco piés cuadrados; casi iluminada por una sola ventana, y cuyo suelo está cubierto de una capa de polvo de pié y medio.

Polvo humano.

Este polvo, que parece cual las espesas olas del Mar Muerto, arrojar á su superficie los objetos mas pesados, está cubierto de multitud de huesos.

¡Huesos humanos!

Y sobre estos huesos, de pié, recostados en la pared, agrupados con la caprichosa inteligencia de la casualidad, conservando cada uno la expresion y la actitud en que la muerte les ha sorprendido, los unos de rodillas, los otros con los brazos extendidos, estos con los puños cerrados y la cabeza baja, aquellos con la frente y las manos levantadas al cielo; ciento cincuenta cadáveres, ennegrecidos por el hielo, con los ojos vacíos y los dientes blancos. y en medio de ellos una mujer que ha creído salvar á su hijo dándole el pecho, y que parece en medio de aquella infernal reunion, una estatua del amor maternal.

Todo esto encerrado en aquel cuarto; polvo, huesos ó cadáveres, segun la época de que datan, y en la ventana de aquel cuarto, iluminada por un sol alegre, cabezas de mujeres jóvenes y bellas, la vida animada desde veinte años apenas, contemplando la vida extinguida hace siglos. ¡Ah! ¡qué espectáculo tan extraño!... ¡En cuanto á mí, toda mi vida estaré viendo á aquella pobre madre que da de mamar á su hijo!

¿Qué decir despues de esto del San Bernardo?

Tambien hay una iglesia en que está el sepulcro de Dessaix, una capilla dedicada á santa Faustina, una lápida de mármol negro, donde hay grabada una inscripcion en honor de Napoleon. Hay otras mil cosas tambien. Pero creedme, haced que os las enseñen antes de ir á ver á aquella pobre madre que está dando de mamar á su hijo.

LOS BANOS DE AIX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES",
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La ciudad de Aosta es una linda y pequena poblacion que tiene pretensiones de no pertenecer ni á la Saboya ni al Piamonte; defienden sus habitantes que su tierra formaba parte de aquella parte del imperio de Karl el Grande, que habia heredado de los señores de Stranlingen. En efecto, aunque suministran un contingente militar, no pagan contribucion alguna y han conservado la franquicia de caza; por lo demás obedecen, bien ó mal, al rey de Cerdeña. El carácter de la ciudad de Aosta es todo italiano, á excepcion del abominable idioma que allí se habla, y que creo es saboyano corrompido: por todas partes, en el interior de las casas, las pinturas al fresco reemplazan á los papeles ó artonados, y los fondistas no se descuidan nunca de servir á la mesa una especie de pasta y una crase de crema, que destrozan pomposamente con el título de macarrones y sambasones. Agréguese á esto el vino de Asti y las chuletas á la milanese, y se tendrá completa una mesa valdiostense.